

21. Encarnar la misericordia

“Orar por los enemigos en el amor de Cristo.

Hacer las paces antes de acabar el día con quien se haya tenido alguna discordia.

Y jamás desesperar de la misericordia de Dios” (RB 4,72-74)

En el fondo, san Benito nos pide no separar el amor de Cristo de la misericordia del Padre. Y nos pide no separarlos en el contexto de las relaciones con nuestro prójimo, desde el enemigo más lejano al hermano o hermana con el que estamos en desacuerdo en nuestra comunidad. Es como si nos pidiese permitir a Cristo compenetrar de Comunión trinitaria el mundo humano.

Me viene a la mente una frase de la encíclica *Redemptoris missio*, dedicada a la misión, de san Juan Pablo II: “Cristo es la revelación y la encarnación de la misericordia del Padre. La salvación consiste en creer y acoger el misterio del Padre y de su amor, que se manifiesta y se da en Jesús mediante el Espíritu” (RM §12)

Jesucristo es la misericordia del Padre que viene a salvarnos, la Divina Misericordia que se revela, se encarna, se manifiesta, se da, mediante el don del Espíritu, en el seno de María y de la Iglesia. Todo lo que debemos entender, elegir, acoger, para vivir el misterio de la misericordia de Dios, debemos entenderlo, elegirlo y acogerlo en Cristo, en la relación con Él, dejándonos amar por él y amándolo como Pedro, que ha tenido que aceptar que Jesús lo ame hasta lavarle los pies y muriendo en la Cruz por él, y de quien Jesús no pide a cambio más que ser amado, desde lo profundo de su miseria y fragilidad, que le ha llevado a negarlo.

Aquí tenemos que pensar en otro pasaje de la Regla en el que san Benito nos habla de la misericordia de Dios: cuando después de haber lavado los pies de los huéspedes, se invita al abad y a la comunidad a cantar el versículo del salmo 47: “*Suscepimus, Deus, misericordiam tuam, in medio templi tui* – ¡Oh Dios, hemos recibido tu misericordia en medio de tu templo!” (Sal 47,10; RB 53,13-14).

En la Carta de Pentecostés de 2016 subrayé el hecho de que con el canto de este versículo, san Benito nos hace comprender que para él el monasterio es el “templo de la misericordia de Dios”, y que éste es el principal servicio que podemos ofrecer al mundo. A la luz de los versículos del capítulo 4 que estamos meditando, podemos también comprender que es haciendo la experiencia del amor de Cristo en el lavatorio de los pies, símbolo y realización de la Eucaristía, como se nos ha concedido tener experiencia de la misericordia del Padre que nos llena de esperanza. El lavatorio de los pies es el amor de Cristo por nosotros, pero también el amor de Cristo en nosotros, el amor que Él nos pide a nosotros, como a Pedro y a los demás apóstoles, cuando nos pide amarnos los unos a los otros como Él nos ama. En el lavatorio de los pies “tenemos parte” (Jn 13,8) con Él, estamos unidos a él por la misericordia del Padre, y podemos de este modo participar de su amor por los hermanos, por el mundo entero y, por lo tanto, de la misericordia con la que el Padre quiere abrazar a toda la humanidad.

Lavar los pies quiere decir preferir el amor de Cristo a nosotros mismos. Es el símbolo de todo acto de caridad que se abaja a servir al otro, mortificando nuestro orgullo, nuestra necesidad de “ser más grandes” que los demás, de vencer al otro superándolo. Lavar los pies quiere decir renunciar al propio interés, a la ganancia propia. Es la encarnación del humilde amor de Cristo, aquél con el que Él nos ha amado primero muriendo por todos en la Cruz. Y es a través de este amor como nos alcanza la misericordia del Padre y se difunde en el mundo. Y es a través de este humilde amor como nos alcanza y se difunde el Espíritu Santo, el Espíritu Santo de Pentecostés, como en la Virgen María.

La misericordia de Dios Padre, en la que podemos siempre esperar, la alcanzamos cuando “oramos por los enemigos en el amor de Cristo” (cfr. RB 4,72), es decir, cuando nos unimos a la oración del Crucificado que perdona las ofensas de todos los pecadores en relación con Dios: “¡Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen!” (Lc 23,34).

San Benito tenía una fuerte conciencia de que esta es la oración fundamental que debemos hacer, que debemos aprender. Él mismo, ¿lo recordáis?, reaccionó a la tentativa de envenenamiento de los monjes de Vicovaro con una oración que pedía la misericordia de Dios para ellos: “Se levantó al instante y, con el rostro afable y ánimo tranquilo convocó a los monjes dirigiéndoles estas palabras: ‘Dios omnipotente tenga misericordia de vosotros, hermanos; ¿por qué habéis querido hacerme esto?’.” (S. Gregorio Magno, *Diálogos* II,3)

Benito se levanta para orar, como al final de su vida quiso morir en pie, después de haber recibido el Cuerpo y la Sangre de Cristo, para permanecer en su amor, con las manos levantadas en posición del orante que intercede ante Dios por el mundo: “Permanecía en pie con las manos hacia el cielo (*erectis in caelum manibus stetit*), y exhaló el último aliento entre palabras de oración (*et ultimum spiritum inter verba orationis efflavit*)” (*Diálogos* II,37).

Cuando Benito dice: “Dios omnipotente tenga misericordia de vosotros, hermanos”, expresa al mismo tiempo una oración de intercesión y una bendición. Se dirige contemporáneamente a Dios y a sus enemigos. Se dirige al mismo tiempo, como Jesús, al Padre y a los hermanos. En el fondo, deberíamos hablarnos siempre así, decirnos palabras llenas de intercesión y bendición, palabras de misericordia implorada y concedida, mendigada a Dios y rápidamente transmitida a los demás, a los hermanos, a las hermanas, a los enemigos. Toda nuestra oración personal y comunitaria, todas nuestras liturgias, el Oficio divino, y nuestras meditaciones sobre la palabra de Dios, deberían formar en nosotros esta contemporaneidad de la relación con el Padre y de la relación con los hermanos, esta contemporaneidad de oración y bendición, como en la oración y en la bendición de Cristo mismo. Y sería siempre una oración y una bendición de misericordia, vividas en la fe y en la esperanza cierta en la misericordia del Padre hacia para con nosotros y para con los demás.

Por esto, me parece importante que profundicemos en la meditación de la misericordia en la Regla en el ámbito de la oración para la que san Benito nos quiere educar.